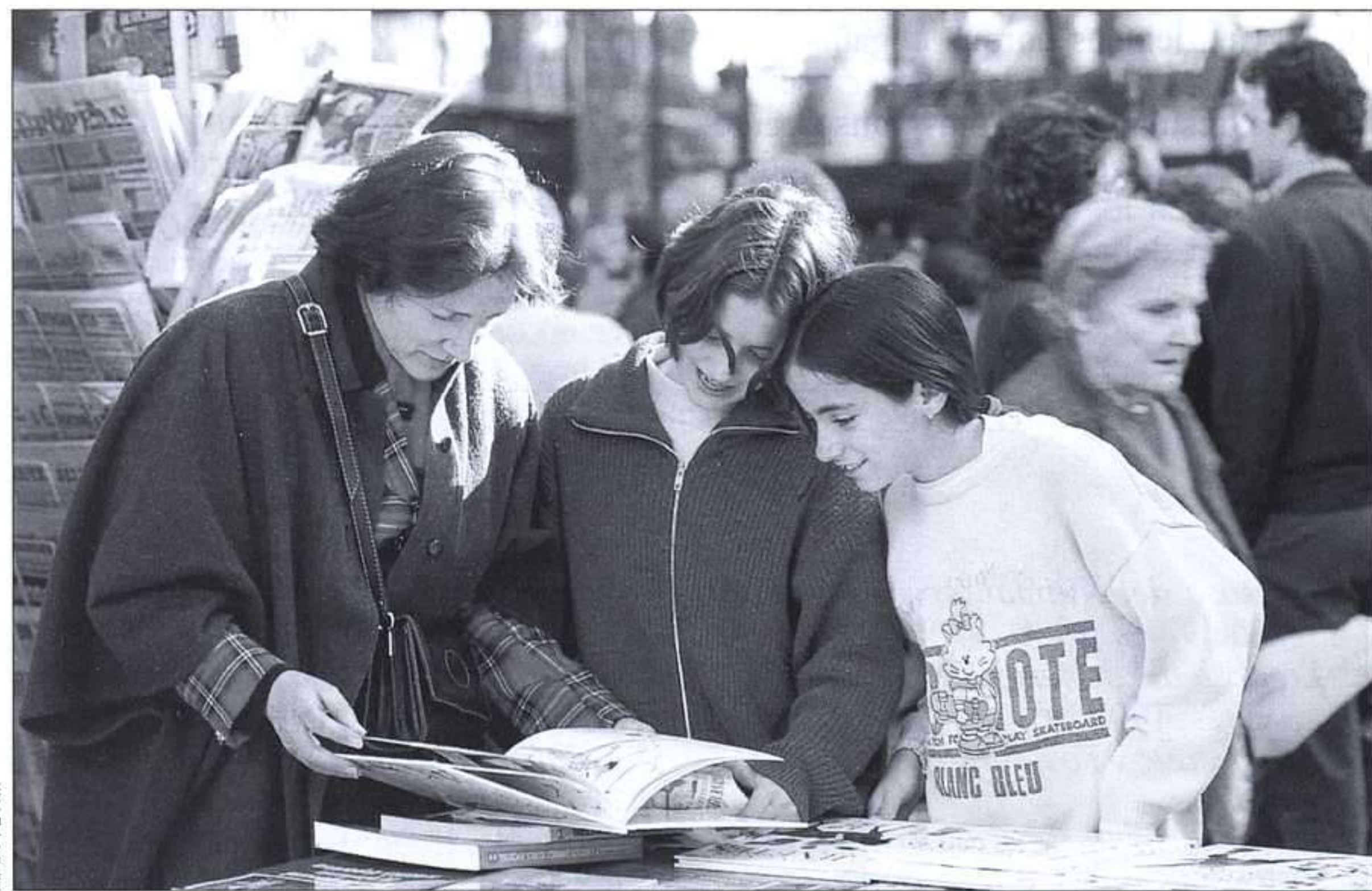


Algo más sobre «ese tipo de literatura» que es la LIJ

Emili Teixidor*



ANA PEYRÍ

El escritor Emili Teixidor da otra vuelta de tuerca al tema de la LIJ, de su consideración como género nuevo y de las reglas de juego «de ese tipo de literatura» dirigida a un público «vulnerable, sin armas para defenderse de la agresión de los autores». Un asunto polémico que fue de nuevo debatido en el marco de unas jornadas sobre «La comunicación literaria de los adultos a los jóvenes», en Barcelona.

En varios papeles (algunos publicados en esta misma revista *CLIJ*) he defendido que la literatura infantil y juvenil sea considerada como un género, y he hablado de los problemas que puede comportar esta clasificación. En unas jornadas dedicadas recientemente en Barcelona sobre el tema general de «La comunicación literaria de los adultos a los jóvenes», y en mesa compartida con Gabriel Janer Manila tuve ocasión de insistir en el tema. Éste es un resumen escrito de las reflexiones orales presentadas, enriquecidas por la discusión que se abrió con el público y del diálogo abierto con otros miembros de la mesa.

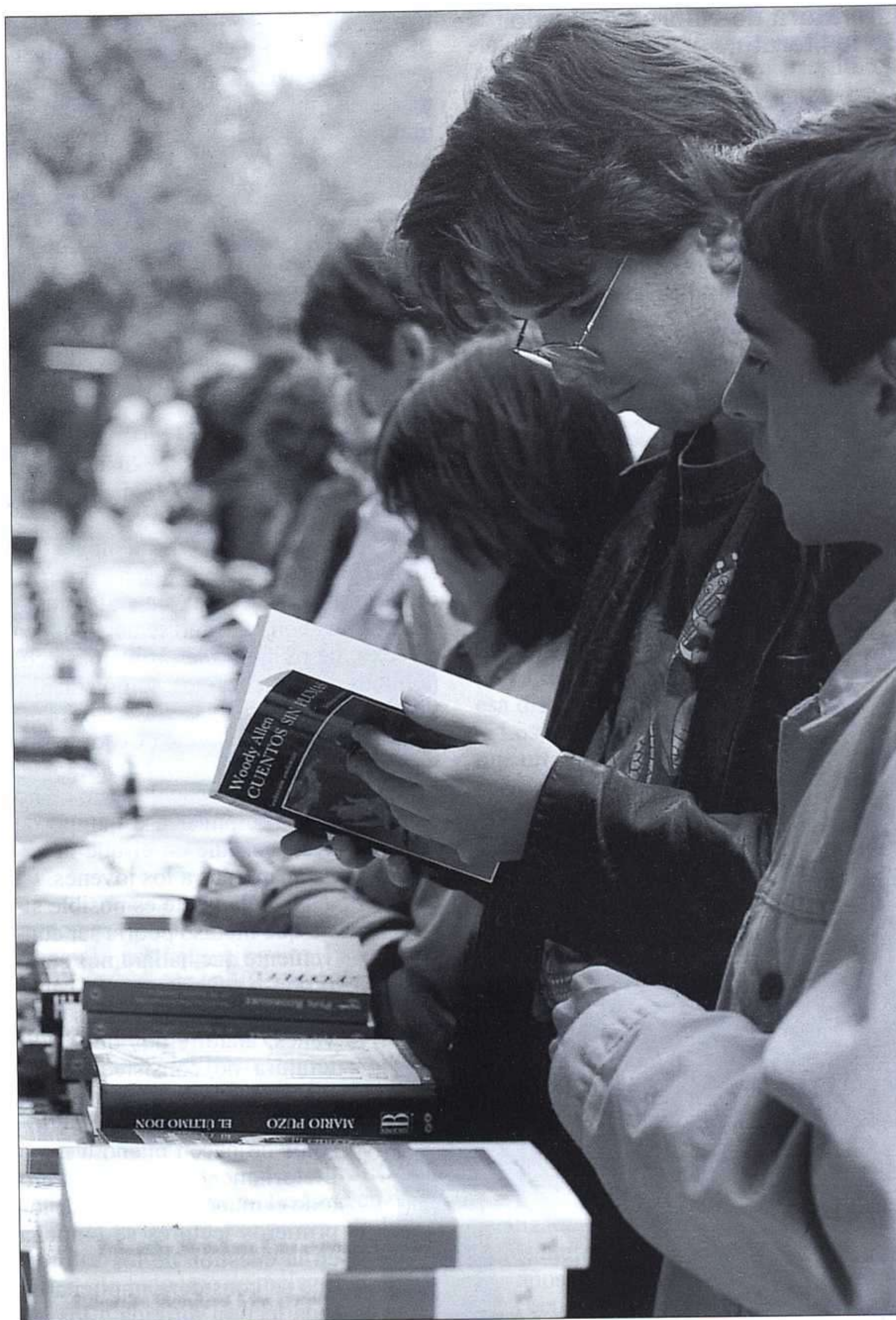
Jerarquización de la cultura

La primera observación es que desde el primer día, en las primeras intervenciones, se deslizó de manera subrepticia la expresión «de ese tipo», libros «de ese tipo», literatura «de ese tipo», etc. Todo por no hablar claramente de género. Se ha subrayado también la ausencia casi total de crítica en la literatura «de ese tipo». Pero es que sucede exactamente lo mismo en todos los géneros. Se trata de una de las características del género. ¿Es que abundan las críticas de novelas de ciencia ficción? Sin embargo, la ciencia ficción representaba hasta hace poco aproximadamente una tercera parte de todas las lecturas en Estados Unidos. ¿Y

las novelas románticas, tienen buenas o malas críticas? A pesar del abandono de la crítica, la aceptación de autores como Danielle Steel o Margaret Mitchel es muy grande. Será porque no se consideran literatura. O buena literatura. Últimamente comienzan a salir del purgatorio o del infierno del género las novelas negras y policíacas, tanto tiempo etiquetadas como «literatura de consumo» e incluso «de quiosco», o en expresión francesa «de estación de ferrocarril». Así, autores como P. D. James o Patricia Highsmith han ascendido al Olimpo, mientras otras todavía permanecen en las tinieblas. Pero en todos los géneros, incluso en los más reverenciales y menos consumícticos —¿es que las que se consumen no se leen?— hay categorías, y no es lo mismo una novela negra infame que una de James Ellroy, a quien por cierto le debe importar una higa que lo clasifiquen más arriba o más abajo del abismo.

¿Cuántas críticas han leído de autores como Isaac Asimov o Frank Herbert y cuánta atención se presta a los nombres más recientes y renovadores del género? Hay que esperar a que sus obras pasen al cine, como en el caso de *Blade Runner* o el reciente *El Señor de los Anillos*, para que existan, resuciten o merezcan una reverencia.

Existe lo que podríamos llamar una «jerarquización cultural» que hace que ciertas obras queden relegadas en el apartado de la subcultura. El fenómeno se puede ejemplificar de esta manera: un autor escribe un drama (un género establecido, como mínimo) y con esfuerzos extraordinarios logra estrenarlo en una sala pequeña en la cual, quizás, con suerte, lleguen a verla cien o doscientas personas en pocos días o semanas, y no obstante los diarios mandarían a sus críticos más prestigiosos y duros y se le dedicará un espacio por mínimo que sea, aunque sea para fusilar el montaje. Al mismo tiempo, los mismos días y en las mismas horas, varias cadenas estrenan series y culebrones impresionantes en televisión, con una audiencia que puede llegar a millones de personas, y no sale ni una crítica, nadie le presta la menor atención, nadie conoce a los autores del guión. Y en televisión también hay géneros y categorías. No es lo mismo *Yo, Claudio* o *Los gozos y las sombras*, que



ANA PEYRI.

otros engendros con que llenan horas y programaciones todas las cadenas.

Hay un claro menosprecio por algunos géneros, en este caso el guión televisivo, que se consideran subculturales y populistas. Parece que haya que rechazar formas nuevas, nuevos géneros, sin

una tradición que les arrope pero con una presencia social muy importante y en absoluto despreciable. Es un fenómeno típico de todos los géneros. Un rasgo que tienen en común con la literatura infantil y juvenil, también relativamente nueva en la plaza.

Literatura de valores o el valor de la literatura

En algunas intervenciones se insistió en el carácter didáctico de «ese tipo de literatura». El didactismo ha surgido bajo distintos nombres: mensaje, aprovechamiento, utilidad, propaganda, valores, etc. Los disfraces del didactismo son muchos. Los peligros también. A muchos no nos molesta en absoluto la mili-

tancia feminista, comunista, cristiana o liberal del autor, aunque ya me preocupa un poco más la de sus textos, sobre todo si la militancia es en perjuicio de la literatura. Pero hay grandes textos de grandes evangelistas, de Bertolt Brecht a San Agustín. La única condición es que proclamen claramente, autor y texto, esa militancia. Plantear temas como la condición femenina, la opresión del poder, la vigencia del mensaje cristiano, o la conquista de la libertad, por sí mismo no constituye ninguna garantía de calidad. En cierto sentido, toda obra de arte nos educa, nos mejora.

Lo que es como mínimo sospechoso es el mensaje subrepticio, disimulado, que pone la obra al servicio de los valores que se defienden. Puede ser más peligrosa la ausencia total de ideología que su proclamación clara y sincera. En muchas obras actuales hay un tratamiento por eliminación, y así no se habla nunca de sexo, de religión, de problemas económicos o políticos, etc., como si nadie tuviera vivencias de esa clase. Un planteamiento franco y directo de esos temas puede ser mejor que el mantenerse en un limbo apartado e inmaculado, que no hace más que prolongar ese tiempo de prórroga irresponsable en el que la sociedad tiene aparcados a los jóvenes.

No solamente es posible sino que incluso podría ser conveniente que halláramos compromiso y fervor por una causa en los libros para chicos y jóvenes, añadiremos que la literatura no consiste en esas ideas ni en ese compromiso, que esos elementos por ellos solos no hacen bueno o malo literariamente un libro. Pero todo el mundo alrededor de los primeros lectores se empeña en la cuestión de los valores, que se considera implícita en toda lectura dirigida a los jóvenes, como si promoverlos fuera la tarea fundamental de «ese tipo de literatura». Olvidan siempre que la literatura ya es un gran valor en sí misma. Que un libro bien escrito, con un vocabulario y unas formas correctas, es el valor imprescindible de cualquier libro

para esas edades. Pero lo que la sociedad suele entender por valores, así en general, habrá libros que los contengan o transmitan y otros que no. Es un malentendido habitual. No se entiende bien la función de la literatura —también la de género— como un fin en sí misma.

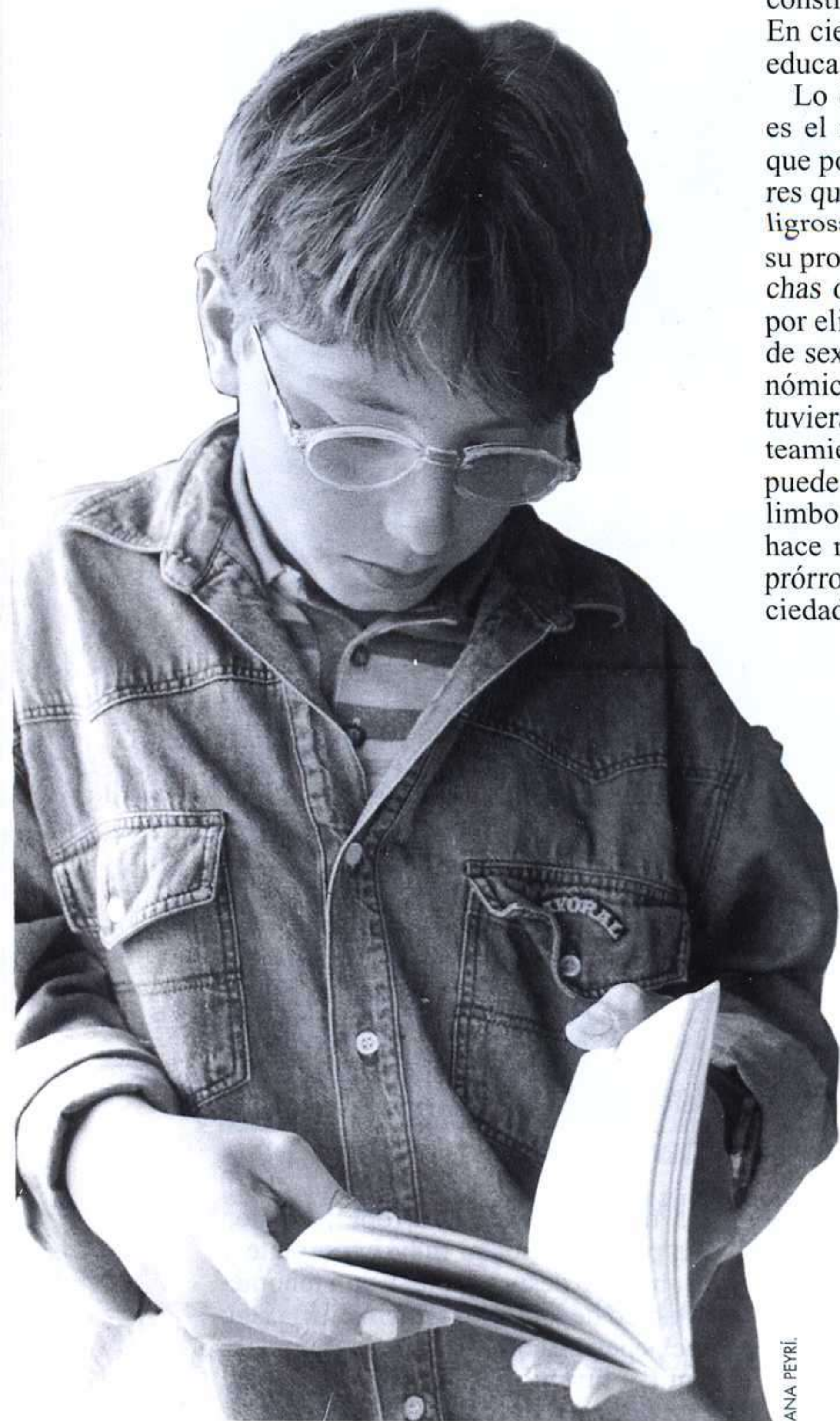
La invención de la infancia y la juventud

Casi todos los compañeros de mesa coincidieron en que «ese tipo de literatura» es un género nuevo porque los niños y, sobre todo, los adolescentes no existían antes como categorías diferenciadas. La adolescencia es una invención reciente: algunos sitúan su nacimiento a finales del XIX, y otros hacia 1950, en torno a una serie de autores, psicólogos, etc. Muchos de mis compañeros de escuela y de generación, empezamos el Bachillerato a los 10 años y los que no querían o no podían estudiar iban directamente al trabajo en talleres o fábricas. ¿Qué adolescencia podían permitirse aquellas personas que a los diez o doce años trabajaban ocho o diez horas diarias seis días a la semana, porque la semana inglesa y el ritual del fin de semana son también recientes?

Como en las obras de Dickens, la infancia no existía, la infancia y la juventud eran puramente biológicas, no culturales. La invención contemporánea de la infancia cultural ha dado origen al género actual. Todos los géneros surgen cuando surge un nuevo público, y «ese tipo de literatura» surge cuando hay un nuevo público de jóvenes que estudia y dispone de unas horas de ocio y que, por lo tanto, necesita libros. La escolaridad obligatoria, gratuita y universal hasta los trece y luego hasta los dieciséis años ha creado un nuevo público, un nuevo género.

Lo esencial: la lengua

Se habla demasiado de valores, y poco de que lo más importante que proporciona la literatura a los lectores, y en ese caso a los más jóvenes, es un vocabulario y unas expresiones, un lenguaje en definitiva. Así de sencillo. A los libros lo primero que debemos exigirles,



ANA PEYRÉ



sobre todo a los destinados a las primeras edades, es que estén bien escritos y que proporcionen a los lectores palabras nuevas que les abran mundos nuevos. Si además contienen experiencias o historias emocionantes, interesantes o instructivas, mejor. Pero éstos son efectos secundarios de la literatura.

Con frecuencia esos efectos secundarios son los más agradables, los más vistosos y los más atractivos. Pero no son los esenciales. Lo esencial es la lengua, el material con la que están construidas las ficciones. Ocurre lo mismo que con las medicinas, que un 99 % está compuesto de excipiente, o sea caramelo, y sólo el 1 % es medicamento verdadero. El excipiente facilita con su suavidad la ingestión de la cura. Existen libros con mucho excipiente, con mucho caramelo y poca curación.

Todo el mundo sabe o intuye que la cúspide de la pirámide literaria la ocupan los poetas y la poesía tiene mucho

menos excipiente que la novela, es más esencial, más lenguaje puro. Ésa es una de las razones de la dificultad de la poesía frente a la novela. Falta una educación literaria del lector. Porque ser lector, convertirse en un buen lector, es un oficio que se aprende a través de un progreso, una reflexión, una voluntad. El lector ingenuo llega a un punto en que ante ciertas dificultades se pregunta si vale la pena seguir adelante o quedarse en el estadio de la lectura-excipiente, de los libros que distraen y atraen la atención del lector con todo tipo de melazas. Si el lector decide seguir adelante tendrá que orientarse, consultar a profesores o críticos, prepararse para saber cómo leer ciertos textos..., es decir convertirse en lector consciente. Por esa razón se estudia literatura. Sin unos profesores, unos libros, unos críticos..., que empujen al lector perplejo a superar esos obstáculos, muchos de ellos renunciarán al esfuerzo y permanecerán, como tantos adultos, en

la lectura como pura evasión. Esa evasión no es mala, se trata de una terapia regresiva que proporcionan ciertos libros y que todos en un momento buscamos, pero hay que saber que la literatura puede proporcionarnos otros placeres más arduos pero más duraderos.

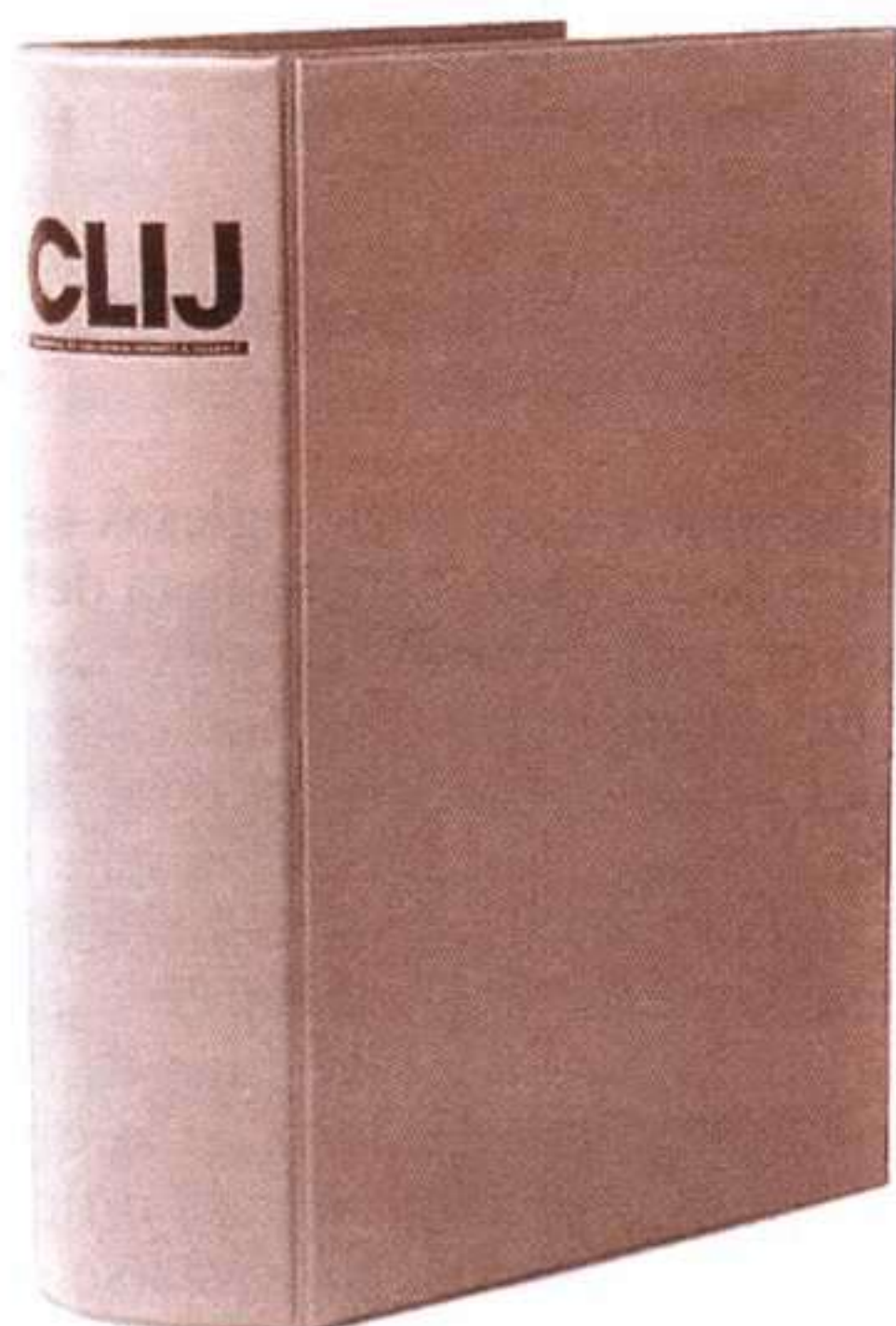
Literatura para la educación de las emociones

Parece que en escuelas inglesas se ha establecido la *silent hour*, la hora del silencio, en la que toda la escuela permanece en silencio mientras todo el personal, del director al conserje, debe tener un libro abierto en la mesa. Durante una hora, todo el mundo tiene la obligación de leer. A su ritmo, una frase, un capítulo, un libro o una letra. Se trata de educarse en el primer peldaño de la disciplina de lector: en esa postura difícil e inhumana que es callarse y estarse sentados ante un libro. Hay que aprender esa disciplina mínima.

Los alemanes vienen luchando contra lo que un informe llama «la nueva pobreza cerebral», que es la de los nuevos analfabetos secundarios o funcionales, que son aquellos individuos en los cuales el Estado ha gastado grandes cantidades de dinero para tenerlos escolarizados hasta los 16 años a costa de todo el país, y al dejar la escuela su principal fuente de información no es la letra escrita, sino la televisión. ¿Vale la pena, se han preguntado, gastar tanto dinero en un trabajo aparentemente inútil? Para ver la televisión no se necesitan estudios especiales. ¿Se puede reducir el presupuesto educativo como se ha hecho con el farmacéutico, a base de una educación genérica y dejar a cargo del usuario la educación más especializada? Después de todo, no exigimos a los alumnos que dejan la escuela a los 16 años que reciten a Garcilaso o resuelvan ecuaciones, les pedimos simplemente la lectura y comprensión correctas de un texto literario. No hablamos siquiera de la expresión hablada o escrita. Los alemanes han decidido que deben continuar en la escuela, que no se puede rebajar nada en el esfuerzo educativo, porque entre otras razones, la sociedad actual, la economía actual, precisa de «procesadores de datos». No los llama lectores, sino

CON ESTE NÚMERO SE INICIA EL VOLUMEN 15

SOLICITE LAS TAPAS
CON EL CUPÓN
DE LA PÁGINA 4



VOL. 1 N° 1 AL N° 12	1988
VOL. 2 N° 13 AL N° 23	1989
VOL. 3 N° 24 AL N° 34	- 1990
VOL. 4 N° 35 AL N° 45	- 1991
VOL. 5 N° 46 AL N° 56	- 1992
VOL. 6 N° 57 AL N° 67	- 1993
VOL. 7 N° 68 AL N° 78	- 1994
VOL. 8 N° 79 AL N° 89	- 1995
VOL. 9 N° 90 AL N° 100	- 1996
VOL. 10 N° 101 AL N° 111	- 1997
VOL. 11 N° 112 AL N° 122	- 1998
VOL. 12 N° 123 AL N° 133	- 1999
VOL. 13 N° 134 AL N° 144	- 2000
VOL. 14 N° 145 AL N° 155	- 2001
	- 2002

CLIJ

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil

COLABORACIONES

con una fría crueldad «procesadores de datos». Sin ese conocimiento no entrarán en el mundo del trabajo. La lectura, los libros, la cultura, se han convertido así en una cuestión que afecta al comercio, a la economía, al progreso de las sociedades modernas.

Pero la lectura es algo más. Puede ser incluso «un acto de la subversión» como manifestó alguno de los miembros de la mesa. Por eso los informes oficiales hablan de «procesadores de datos», no de lectores. Los libros tratan, en los mejores casos, del sentido de nuestras vidas. Con la pérdida de influencia, o la simple desaparición, de la religión en nuestro sistema educativo se ha eliminado también una parte de la mitología y la literatura que educaba nuestras emociones. No entremos ahora en si eso es bueno o es malo. Lo único que hay que resaltar es que sin religión ni humanidades ¿cómo educarán los jóvenes, y todos nosotros, las emociones? La educación de la sensibilidad, de las emociones, debe pasar necesariamente por la literatura, porque ciertas experiencias se aprenden sólo a través del arte, de unos cuantos libros únicos, determinantes.

Las reglas del género

Habría que recuperar la lectura de poesía entre los jóvenes. El primer peldaño para que un pueblo pueda llamarse civilizado es la lectura de poesía. Después viene lo demás. Muchos se excusan con el pretexto de que los niños y adolescentes no la entienden. No es verdad. Si se elige bien, no es verdad, pero aunque lo fuera, ¿y qué? No tienen por qué entenderla en su totalidad, pero muchas palabras permanecerán en su memoria y algún día florecerán y les ayudarán a convertirse en lectores adultos gracias a ese trabajo de siembra previo. Si los libros para esas edades contienen sólo palabras que puedan comprender, ¿dónde y cuándo aprenderán otras palabras que desconocen?

El poeta Auden decía que no existe ningún buen libro infantil que sea exclusivamente infantil. Lo mismo que en todos los géneros. Hay obras del género policíaco que han traspasado el género y ya no son exclusivamente policíacas.

¿Es *Alicia en el País de las Maravillas* una obra exclusivamente infantil? En algunas bibliotecas he visto las aventuras de Alicia catalogadas en las lecturas a partir de los 6 años. ¿Y *Peter Pan*, pueden los niños comprender toda la complejidad y subversión del libro? Se necesita la madurez de una doble lectura para captar toda su intención. ¿Hay algo más terrible que un Capitán Garfio huyendo constantemente del cocodrilo con el reloj en la barriga, como metáfora del tiempo que se nos come vivos? La grandeza de los buenos libros es que tienen muchos niveles de lectura. Lo que reivindicó, en tiempos como los nuestros en que la lectura se ha convertido en un pasaporte para entrar con buen pie en la sociedad industrial, son unos libros que como mínimo cumplan unas reglas de género exactamente como las cumplen los policíacos o los de ciencia ficción, y que además estén bien escritos. Si además, por sus méritos, interesan a todo tipo de lectores, mejor que mejor. Pero en época de industria cultural y de producción industrial, es necesario distinguir lo que pertenece claramente a la literatura infantil/juvenil y lo que no es más que una desordenada fantasía sin ninguna lógica interna en el caso de lo infantil, y una mala imitación del género de adultos en el del juvenil.

En otras ocasiones he hablado de las reglas de ese género nuevo. No nos debe dar miedo hablar de género. Muchas obras principales lo son. ¿Qué es *Don Quijote* sino una novela del género de los libros de caballerías que, a partir de la ridiculización de sus tópicos, salta a la universalidad? ¿No son las *Crónicas de Indias* libros históricos, como los de Muntaner o Desclot?, etc. La admisión del género facilita mucho las cosas, para empezar la crítica especializada. Cuando un crítico habla de un libro de ciencia ficción, por ejemplo, primero tiene que conocer la historia del género para calibrar los progresos que presenta en referencia a los hitos conseguidos por las obras precedentes y después todas las valoraciones de escritura que posea. En España hay pocos autores de ciencia ficción, ha dicho un crítico, porque una parte importante del género es la ciencia y existen pocos científicos o divulgadores de la ciencia que escriban



ANA PEYRÍ.

ficción. En la ficción infantil pasaría lo mismo, sólo que todos pretendemos conocer la infancia y la juventud a la perfección, y así no se ha resuelto todavía si para muchos autores, los menores son pequeños adultos a los que hay que hablar simplemente con cierto miramiento, o seres autónomos con unas características psicológicas específicas.

Alguien dijo que sin sexo, sin poder y sin la angustia de la muerte, no hay literatura posible. Y en esos temas se demuestra la especificidad del público al que se dirigen las obras «de ese tipo de literatura». Por más abiertos y directos que sean los autores en esos temas, todos estaremos de acuerdo en que no es prudente presentar a los jóvenes, ya no digamos a los niños, el sexo en toda su crudeza y complicaciones. Muchos no están preparados todavía para aceptar ciertas verdades, que irán descubriendo con su maduración psicológica. Ya tenemos una de las muchas reglas del géne-

ro. Eso no significa que los jóvenes no puedan leer a Henry Miller, por ejemplo, suponiendo que su madurez lectora se lo permita, pero a nadie se le ocurrirá clasificar al autor de *Sexus* como del género juvenil. Un paréntesis para decir que todas las reglas y clasificaciones son artificiales y orientativas porque, por ejemplo, sin sexo, sin poder y sin muerte, Miguel Hernández, Salvador Espriu o Federico García Lorca, han escrito preciosas nanas... para niños y para todos. Han traspasado el género. Pero esos autores no se dirigían sólo a los niños, y me gustaría releer las *Nanas de la cebolla* para ver si no hay un triste fondo de muerte en ellas. Pero volvamos a lo nuestro para acabar.

Estamos de acuerdo, pues, en que se trata de un público vulnerable, sin armas para defenderse de la agresión de los autores. Así pues, la demagogia también debiera ser rechazable en «ese tipo de literatura». Y recordemos ahora la canti-

dad de libros juveniles con el tema de la droga como argumento. ¿Utiliza el autor algo más que los clichés leídos en los periódicos, de camello malo, chico enganchado, droga terrible, dinero fácil, penitencia final...? ¿Se trata de libros que aportan algo nuevo sobre las drogas y sus consecuencias o el tema ha saltado a la oportunidad del autor para enganchar al lector con un interés, o morbo, por el tema que se revuelve en un discurso moral previsible? Demagogia que lo único que consigue es reforzar los tópicos conocidos. ¿Qué pensará el lector cuando llegue a los clásicos del tema? En el género juvenil caben todos los temas, pero de manera que puedan integrarse en el crecimiento psicológico y la estructura del lector. Sin falsedades, pero sin precipitaciones ni demagogias.

Otra de las reglas sería el uso de las técnicas más comprensibles para facilitar la progresión en el oficio de lector. El uso de éstas permite el aprendizaje de la complejidad de la lectura paso a paso, sin tropiezos que provoquen rechazo: narración lineal, primera o tercera persona, *flash backs* y otras técnicas sencillas... Más inmediatez, más comunicación... Las mismas características que presentan las obras de gran éxito dirigidas a un público adulto, que no quiere complicaciones y que se ha detenido en la lectura-evasión, sin más. Sólo que en nuestro caso, esa sencillez es consciente, y la complicación gradual, como aquella autora que introducía algunas palabras correspondientes al vocabulario de una edad superior a los libros dedicados a la edad inferior, para acostumbrar con suavidad a los lectores a superar pequeños obstáculos.

Hay más características. Además de la gracia, el tacto, la inspiración y todas las cualidades exigidas en otros géneros, en «ese tipo de literatura» no vendrá mal un conocimiento, psicológico, pedagógico, del lector al que se dirige. Reivindiquemos el género y trabajemos para establecer una norma. Y recordemos cómo han enaltecido el género autores como George Simenon, Arthur C. Clark, Tolkien..., y si me apuran Robert Graves y Marguerite Yourcenar en novela histórica. Los buenos libros, superan todas las barreras y llegan a todos los públicos. ■

*Emili Teixidor es escritor.